

á peso de oro podían los cristianos celosos comprar á los verdugos los preciosos restos de los mártires. Se iban juntando con amoroso respeto los miembros esparcidos por la espada, ó se recogía la sangre con esponjas que se apretaban luego en redomitas ó ampollas; y se iban buscando con solicitud hasta los instrumentos del suplicio, á fin de conservar para la posteridad cristiana el completo testimonio de la victoria.

11. Víctimas ilustres estaban reservadas á los furiosos de Almaquio y á la palma del martirio. Cecilia, vírgen romana, nacida de la noble y antigua raza de los Cecilios, en el seno de una familia pagana, habia recibido la fe desde su niñez, y consagrado á Dios su virginidad. Sus padres la habian casado, á disgusto suyo, con un jóven pagano llamado Valeriano. Se celebraban entonces los matrimonios entre paganos y cristianos, y si algunas veces acarreaban dificultades inmensas en lo interior, eran otras instrumento de Dios para ganar á la fe verdadera la parte infiel. La Iglesia empero, fundada en la doctrina del Apóstol, los reprobaba con energía, y la necesidad sola podía excusar á los fieles que los contraian. En efecto, dijo Cecilia á Valeriano: « Yo estoy bajo la tutela de un ángel que » Dios me ha mandado para proteger mi virginidad. Guardaos » bien de hacer cosa que pueda acarrearos la ira del Señor » (*II Corinth.*, vi, 11.). Admirado y atónito de este lenguaje, el jóven infiel respetó á su esposa, y le dice que creeria en Jesucristo si veía al ángel que protegía á Cecilia. La vírgen piadosa tomó ocasion de esto para instruirle en las verdades del Evangelio, y muy pronto Valeriano declaró que estaba pronto á recibir el bautismo. Fué pues á las catacumbas de la via Apia, para echarse á los piés de san Urbano, quien le confirió el sacramento regenerador. Tiburcio, su hermano, tuvo igual dicha algun tiempo despues. Estos dos neófitos se distinguieron entre los demás cristianos de Roma por su celo en ir á recoger los cuerpos de los mártires inmolados por órden de Almaquio: no tardaron pues en ser delatados al tribunal de este. Confesaron ambos noblemente á Dios y se rehusaron á ofrecer libaciones á los dioses. — « ¿Quién es ese Dios

» á quien tributais homenaje? les preguntó Almaquio. — ¿Hay » por ventura otro, respondieron los mártires, para que nos » hagais tal pregunta respecto de Dios? ¿Hay acaso mas de » uno? — Pero á lo menos decidme el nombre de ese Dios » único, de quien me hablais. — El nombre de Dios, ni vos, » ni mortal alguno puede saberlo ni descubrirlo. Él es incomu- » nicable. — ¿Segun eso, Júpiter no es el nombre de un » dios? — Os engañais, replicó Valeriano: Júpiter es el nom- » bre de un corruptor, de un libertino. Vuestros propios au- » tores nos lo presentan homicida y lleno de vicios, y vos osais » llamarle un dios. Me asombra esa confianza, porque el nom- » bre de Dios no puede convenir sino al ser que nada tiene de » comun con el pecado y que posee todas las virtudes. — Se- » gun eso, repuso Almaquio, todo el universo está en el error; » vuestro hermano y vos sois los solos que conoceis al ver- » dadero Dios. — No os hagais ilusion, Almaquio, respondió » Valeriano, los cristianos, los que han abrazado esta santa » doctrina, son ya innumerables en el imperio. Vosotros sois » quienes formais la minoría: vosotros sois esas tablas que » van flotando en el mar despues de una borrasca, y que solo » sirven para el fuego. » La generosa constancia y santa osadía de Valeriano obtuvieron inmediatamente su recompensa: Almaquio, le hizo aplicar el castigo de las varas. Durante este suplicio, dirigiéndose á la muchedumbre decia: « Ciudadanos » de Roma, no os impida confesar la verdad el espectáculo de » estos tormentos: permaneced firmes en la fe, creed en el » Señor que solo es santo. Derrocad esos dioses de piedra y ma- » dera á quienes inciensa Almaquio; reducidlos á polvo, y sabed » que los que los adoran serán castigados con eternos supli- » cios. » Almaquio condenó á ambos hermanos á ser degollados y los remitió para su ejecucion á Máximo, su escribano, que debia hacer ejecutar la sentencia al dia siguiente á cuatro millas fuera de Roma. Durante la noche, los santos confesores, á quienes vino á visitar por última vez Cecilia, juntamente con esta convirtieron á Máximo, á su familia y á los soldados que estaban de guardia en la cárcel; y habiendo llegado la hora



del suplicio, terminaron juntos el glorioso martirio. Informado Almaquio de la conversion de Máximo, le hizo matar á azotes de látigos armados de balas de plomo; suplicio de orden inferior. Santa Cecilia hizo depositar los cuerpos de los tres mártires en el cementerio de Calixto; y previendo que la persecucion le llegaria muy pronto á ella misma, se adelantó á la confiscacion de sus bienes distribuyéndolos á los pobres, y empleó los últimos instantes que le quedaban probablemente de vida en la conversion de una muchedumbre de paganos á quienes atraian á la fe sus ejemplos y palabras. El papa Urbano tuvo la gloria de recibir en sus brazos á estos nuevos hijos de la Iglesia.

12. Al propio tiempo daba orden Almaquio de hacer comparecer Cecilia á su tribunal: la vírgen respondió con santa audacia á las cuestiones del prefecto. — « ¿De dónde os viene » esa calma, ese sosiego disimulado, ante mi presencia? — De » una conciencia pura, de una fe sencilla. — ¿Ignorais cuál y » cuánto es mi poder? — ¿Y vos, ignorais quién es mi esposo » y protector? — ¿Y quién es? — El Señor Jesús, el Cristo, el » Hijo de Dios. — ¿No sabeis que nuestros amos, los inven- » cibles emperadores, han ordenado que los que no quisieren » renegar del cristianismo sean castigados, y que sean absuel- » tos los que renegaren de ser cristianos? — Vuestros empe- » radores yacen en las tinieblas del error. La ley en que os » apoyais solo prueba una cosa, y es que sois crueles, y que » nosotros somos inocentes. En efecto, si fuera un crimen el » nombre de cristiano, á nosotros nos tocara el negarlo, y á » vosotros á obligarnos á confesarlo con tormentos. — Infeliz, » ¿no sabeis tengo en mis manos el poder de vida y de muerte de » parte de los invictos emperadores? — ¿Cómo podeis decir que » los príncipes os han otorgado el derecho de vida ó de muerte? » porque sabeis muy bien que solo teneis el poder de muerte. » Podeis quitar la vida á los que de ella gozan, mas no po- » driaís volvérsela á los que han muerto. Decid pues que los » emperadores han hecho de vos un ministro de muerte, nada » mas. — Déjate de esa osadía, y sacrifica á los dioses. —

» ; Llamais dioses esas piedras mudas! No veis que son in- » capaces de defenderse de las llamas, y aun de libraros de » ellas? Cristo solo puede salvar de la muerte y libertar del » fuego al hombre pecador. » Tales fueron las últimas pala- » bras de Cecilia. Almaquio dió orden de llevarla á su propia casa y de encerrarla en la sala de baños de su palacio, que los Romanos llamaban *caldarium*. Se encendió una hoguera grande y continua, por manera que la vírgen, dejada sin aire en la atmósfera de una pieza ardiente, debia de encontrar la muerte sin necesidad de que la inmolasen el verdugo. Pero la santa permaneció en aquel cuarto abrasado tres dias sin perder la vida. Almaquio envió un licitor para que le cortase la cabeza. El soldado le dió tres hachazos con furia, sin que pudiera matarla; se retiró, porque la ley le prohibia continuar, dejando á la vírgen nadando en su sangre. Cecilia vivió tres dias mas, y murió en fin el 22 de noviembre de 230.

13. Algo despues, fué llevado el papa san Urbano ante el mismo Almaquio. — « ¿Es este, le dice, ese seductor de quien » han hecho su papa los cristianos? — Sí, respondió el vene- » rable anciano, yo soy quien seduce á los hombres para ha- » cerles abandonar el camino de la iniquidad, y ponerlos en el » de la justicia y verdad. » San Urbano fué echado á una cárcel con dos sacerdotes que habian sido presos con él. El segundo interrogatorio no tuvo mejor éxito para Almaquio. Habiendo confesado generosamente la fe ambos sacerdotes, fueron castigados con varas armadas de balas de plomo. Mientras padecian este castigo, no cesaban de repetir estas palabras: « Señor, os » damos gracias. — Me hago cargo de tus plegarias, respecto » de tí, que eres anciano; y hé aquí porqué miras la muerte » como un descanso; porque envidias la lozanía de estos jó- » venes: tú les animas á padecer y dar su vida, porque la » tuya tiene que acabarse. » Uno de los sacerdotes, queriendo vindicar este ultraje, interrumpió al prefecto diciéndole: « Tus » palabras son manifiesta mentira; nuestro padre desde su » juventud ha considerado á Jesucristo como vida suya, y mi- » rado la muerte como el lucro mayor. Ha confesado á Cristo



» mas de una vez, y ha expuesto su vida por las ovejas que le » ha encomendado. » Vuelto al calabozo, Urbano convirtió á la fe cristiana al carcelero Anolino, que no tardó en pagar con su vida la honra de ser alistado en la milicia del Señor. Finalmente, por órden de Almaquio los santos confesores fueron conducidos á la via Nomentana para ser decapitados. En el camino, Urbano exhortaba así á sus compañeros : « El Señor » nos llama, ese divino Maestro que nos tiene dicho : Venid á » mí todos los que os hallais atribulados, y yo os aliviaré. Hasta » ahora solo hemos visto al Señor como en espejo y enigma : » hé aquí llegado el momento en que vamos á verle cara á » cara. » Los verdugos les cortaron la cabeza, y los cuerpos de los santos mártires fueron recogidos por los cristianos y transportados al cementerio de Pretextato (25 de mayo de 231). — San Urbano I se esmeró en que el servicio de las iglesias se hiciese con dignidad. Renovó los vasos del altar, antes de vidrio ó madera, en otros de plata, y especialmente mandó hacer veinticinco patenas de plata para los diversos títulos de la ciudad. Estas patenas eran de grande dimension, porque estaban destinadas á recibir los panes que cada fiel que habia de comulgar llevaba á la ofrenda. El *Libro pontifical* no hace mencion de ninguno de los decretos que posteriormente se le han atribuido bajo la fe dudosa de Mercator. Fué elevado en junio siguiente á la silla de san Pedro Ponciano, natural de Roma.

§ III. PONTIFICADO DE SAN PONCIANO (231-235).

14. El regreso de Alejandro Severo volvió á dar á la Iglesia de Roma paz y tranquilidad durante algun tiempo : á lo menos no se sabe que Almaquio haya prolongado sus violencias mas allá de esta época. Se ignora la impresion que debieron hacer sobre el ánimo del emperador los actos de su prefecto : es de creer que este príncipe, enemigo de la crueldad, llevó muy á mal los excesos de Almaquio; pero no se conoce ningun acto que indique la indignacion causada en él por el asesinato jurí-

dico de tantos cristianos. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que aun bajo el reinado de Alejandro, el mismo sistema de persecucion seguido contra los soberanos Pontífices no tardó en aplicarse á Ponciano. Este papa sufrió cruel persecucion por la libertad de su ministerio; sin embargo no fué condenado á muerte, y por decreto imperial fué desterrado con el santo presbítero Hipólito, diferente del obispo de Porto, á la isla Buccina, una de las mas salvajes de la costa meridional de Cerdeña. Separado de su silla, san Ponciano abdicó.

15. Aun no se habia terminado el negocio de la excomunion de Orígenes. Este doctor continuaba quejándose de que los obispos reunidos en concilio por Demetrio, patriarca de Alejandría, habian juzgado de su doctrina segun los ejemplares interpolados que los herejes habian esparcido en su nombre. La Palestina continuaba á ofrecerle la hospitalidad que le rehusaba el Egipto, su patria; y moraba en Cesarea. Teoctisto y san Alejandro de Jerusalem le habian encomendado el cargo de interpretar las Escrituras, y hallaban tanta utilidad y placer en sus doctas pláticas, que jamás se separaban de él. Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, profesaba igual admiracion por este hombre grande. Ya le llamaba á su diócesis para utilidad de las iglesias que le estaban cometidas, ya venia á la Judea para conferenciar de cosas divinas. En el entretanto murió Demetrio el año 231, despues de haber ocupado la silla de Alejandría cuarenta y tres años. El aprecio excesivamente afectuoso que mostró para con Orígenes en el primer período de su obispado, la severidad que desplegó contra él en el segundo, la causa del doctor Alejandrino sostenida por tantos obispos contemporáneos, abrazada con el mayor calor por san Jerónimo, presentan un problema que aun no se ha resuelto, y que ha dejado perpleja á la posteridad sobre los verdaderos sentimientos de Orígenes. Por lo demás, la muerte del patriarca y la eleccion de Heraclas, discípulo de Orígenes, á la silla patriarcal, pusieron término á la lucha. La cátedra de catequista, vacante por promocion de Heraclas al obispado, quedó á cargo de otro discípulo de